

LA CULTURA Y LA POLITICA DEL HOMBRE-MASA SEGUN ORTEGA Y GASSET

La desaparición terrenal de Ortega y Gasset ha dado pie para que muchas cosas se dijese y escribiesen acerca de él y de su obra: las hubo severas, henchidas de admiración; apasionadas unas e hiperbólicas otras. No se le ha perdonado en ciertos círculos su romería germánica, de donde el mismo Ortega afirmaba haber derivado su educación, “confesándose deudor de Alemania en las cuatro quintas partes de su haber intelectual, y exaltando la superioridad gigantesca de la ciencia alemana” (“La ruta mental de Ortega”, Joaquín Iriarte, págs. 19-20).

No hay razón para extremar la nota. Si sus preferencias doctrinales las ha ido a buscar en Brentano, Nietzsche, Rickert, Husserl y sobretodo en Dilthey, su germanismo no le ha hecho perder jamás el cristalino acento del mediterráneo ni la claridad del cielo latino. Ortega seguirá siendo siempre un español, y un gran español, aún a pesar de la punzante ironía de Unamuno. No importa que su razón vital, su circunstancialismo y hasta su historicismo puedan prestarse a variantes de doctrina y de interpretación; hay sin embargo en toda la obra de Ortega esa instancia repetida de una cultura que hay que defender y que hay que salvar. Así, con esta vocación que mantiene siempre tenso su arco, la evocación constante de una unidad de cultura —unidad de cultura de occidente, europea— irá creciendo en su obra como una profunda justificación y una impostergable necesidad. Importa mucho que su pensamiento proceda por antítesis: la incivilidad de las ma-

sas (y con esto pensaba en la América anglosajona) y la instancia de la cultura. De otro modo, lo que haya podido decir sobre los destinos de la cultura y de la política hubiese carecido de esa fuerza vital que surge de una circunstancia definida y bañada de luz. Y con esto entramos en materia.

I

LA CULTURA DEL "NINO BIEN"

La crisis de cultura será siempre y ante todo una crisis de conciencia, una errónea valorización de los puntos de referencia que ha de orientar la conducta del hombre. Con ser esto cierto, las diversas crisis de cultura en la historia de la humanidad no han podido desprenderse del medio vital en que se encontraban sumergidas, o para decirlo con términos hoy utilizados, han adoptado el cariz que les daba su peculiar "situación" histórica. La civilización grecorromana entrada en crisis de decadencia debido a la centralización absoluta del poder civil y religioso en manos del emperador, debía desaparecer irremediamente con la cancelación del imperio. Las fuerzas bárbaras que comenzaron a gobernar en nombre del emperador, si bien continuaban políticamente la tradición del imperio, culturalmente le eran ajenas. Salvóse la vieja cultura, sin embargo, por el hecho providencial del cristianismo. Pudo más la nueva fe que los motivos de muerte, y de este modo sobrevivir una cultura condenada a desaparecer.

Esa misma cultura occidental que trae consigo el enorme aluvión de la vieja civilización grecorromana, la nueva cultura cristiana que es en parte esa misma civilización bautizada en aguas de la fe, atraviesa hoy una nueva crisis que la acecha de muerte. Pero la situación histórica es diversa. Ortega y Gasset la pinta con dureza, con sarcasmos y con honda pena a veces. Es el encuentro que sufre esta cultura con las consecuencias de una materia que entrega de sí misma una enorme

cantidad de productos. Más que la abundancia, la sobra de los productos.

Psicológicamente, la ciencia ha despertado en el hombre el deseo del descubrimiento de leyes mecánicas y físicas con que someter la materia a su dominio y arrancarle una cantidad indefinida de productos elaborados. Este estado psicológico no es de ninguna manera ni pecaminoso ni desordenado. Todo estriba en que deba mantenerse el equilibrio entre necesidad y existencia de producción. Pero cuando ese necesario equilibrio se desarticula en beneficio de una producción excesiva que constituye la sobra, la cultura comienza a entrar en crisis. Lo material se sobrepone a lo cultural y trata de aplastarlo con su peso.

Pues bien, a una auténtica cultura es antepuesta, en estos extremos, una forma de vida material. Es sin duda la actitud de un modo de ser que consiste en consumir por consumir, sin importarle nada el origen de aquello que se consume y todo cuanto háyase requerido de trabajo y fatiga para llegar a la formulación científica de la receta previa. Ortega y Gasset define a esta época, la del "señorito satisfecho". Nosotros la llamaríamos: la época del "niño bien". Nada hay en él que pueda inquietarle, porque su horizonte vital se encuentra limitado exclusivamente por la voracidad del consumo.

Es natural que la actitud psicológica del "niño bien" reduzca en esos límites todá su actividad. Incapaz por naturaleza, de producir nada, devora cuanto esté a su alcance. Y por supuesto, la tradición de cultura en la cual pudo haber nacido, será para él letra muerta. El "niño bien" es "un hombre que ha venido a la vida para hacer lo que le dé la gana. Esta ilusión se hace el "hijo de familia". En el ámbito familiar, todo, hasta los mayores delitos, puede quedar a la postre impune. El ámbito familiar es relativamente artificial, y tolera dentro de él muchos actos que en la sociedad, en el aire de la calle, traerían automáticamente consecuencias desastrosas e ineludibles para su autor". (Rebelión de las masas, p. 92). Palabras duras, por supuesto, que no deben darnos el equívoco

de que todo pasa como si así fuera en el cuardo familiar, pero Ortega y Gasset tenía en mente al referirse al señorito satisfecho, a este infra-civilizado, diríamos hoy aburguesado, para quien la vida o la civilización o la cultura no es más que la explosión de un capricho, el desprecio de una tradición y la insolencia de una autosuficiencia.

Ya Sócrates, en el diálogo Eutifrón de Platón, nos pintaba de cuerpo entero, a este señorito, mezcla de insolencia y de autosuficiencia. Méleto lo había acusado ante la justicia por escrito. El sarcasmo y la ironía saltan a cada palabra de Sócrates. "A mi parecer, decía, no es poca cosa, por cierto, entender ya de tan joven sobre tan grandes asuntos. Que, como dice, él mismo sabe cómo se estan echando a perder los jóvenes y quienes son los que los pervierten. Y aún me parece ir para sabio: porque habiendo calado mi ignorancia, acude a la Ciudad, como a madre, para acusarme de que perverso a los coetáneos de él. Y me parece aún más: que entre los políticos él es el único que lleva recto principio, pues lo correcto es preocuparse ante todo y primero de los jóvenes para que lleguen a óptimos. Así, pues, Méleto purifica parecidamente a la Ciudad, deshaciéndose de nosotros, los que echamos a perder los renuevos jóvenes, como él dice; inmediatamente después se preocupará, es claro, de los más viejos con lo cual llegará a ser, para esta Ciudad, causa de muchísimos y máximos bienes, que razonablemente eso debe esperarse de quien con tales principios comienza". (Eutifrón, p. 4).

Estas razones hacen que el "hijo de familia" o el "señorito satisfecho" sea un cínico. Naturalmente que este incivilizado es el tipo común del hombre-masa contemporáneo. Acostumbrado a devorar los productos que una técnica refinada le proporciona, no puede dar cabida en sus cuadros mentales no solamente a las trabajosas fórmulas científicas que los han hecho posibles, ni menos aún a la obligación de situarse dentro de la corriente de su civilización para contribuir a su sostenimiento y a su vitalidad. Por eso, limitase con despreocupada inconciencia a destruir lo que se le entrega y lo que en-

cuentra en su medio. No es de extrañar pues, que para Ortega y Gasset nuestro “señorito satisfecho” sea un cínico netamente definido. “Acaece, anota, que apenas llega a su máxima actividad la civilización mediterránea —hacia el siglo III antes de Cristo— hace su aparición el cínico. Diógenes patea con sus sandalias hartas de barro las alfombras de Aristipo. El cínico se hizo un personaje petulante, que se hallaba tras cada esquina y en todas las alturas. Ahora bien, el cínico no hacía otra cosa que sabotear la civilización aquella. Era el nihilista del helenismo, jamás creó ni hizo nada. Su papel era deshacer —mejor dicho— intentar deshacer, porque tampoco consiguió su propósito. El cínico, parásito de la civilización, vive de negarla, por lo mismo que está convencido de que no faltará”. (ib. p. 95).

El incivilizado contemporáneo, llámese el “señorito satisfecho”, o “hijo de familia” o “niño bien”, o el “hombre-masa” que en definitiva es un mismo personaje, no carece totalmente de la indispensable lucidez que le haga entrever por lo menos la necesidad de aquello que combate. Es decir, que lanza su metralla contra los cánones de la civilización, en nombre precisamente de esa misma civilización. Los hechos políticos son a este respecto de una aterradora claridad. ¿Quién osará negar que la edad actual no podrá tolerar régimen político que no sea el democrático? Hay aquí una necesidad ineludible que nuestras sociedades políticas no piensan ni remotamente que deba prescindirse de ella. Diré que esta noción de gobierno del pueblo emanado del mismo pueblo ha sido medida por el cristianismo en nuestra sangre, y que se ha hecho imprescindible en la organización política de la nación. Así pues, lúcido nuestro incivilizado de la necesidad de civilización, la acepta por lo menos teóricamente. Diría mejor cínicamente. No olvidemos que su artillería está toda centrada en su destrucción. Claro está que es para sustituirla por su propia civilización. El totalitario lanza denuestos contra la democracia, pero al mismo tiempo, se afirma como un democrático. Ni que mencionar las gatadas con que nos arañan las demo-

cracias de detrás de la cortina de hierro. Ni tampoco las otras ya fenecidas —por lo menos como organización de estado— de fascismo, hitlerismo y el que tan de cerca en el tiempo se ha llamado peronismo. Pues bien, todo esto es cinismo, es decir, la pretensión de defender aquello que se condena a morir. “Porque la tónica de la existencia en el hombre-masa es la insinceridad, la “broma”, (ib. p. 94), broma que a la postre se convierte en una insalvable tozudez, aunque a las claras aperciba en su interior que no todo haya de reducirse a un juego de palabras. El que afirme que dos más dos son cinco, convencido en su fuero interno de que no es así, no es un loco sin duda, pero su afirmación es una mezcla de tozudez, de cinismo y de odio hacia el mismo principio que le obliga a renegar interiormente de lo que profiere de labios afuera.

¿Cómo ha sido posible que una monstruosidad semejante se abriese camino en medio de nuestra civilización occidental? Se dirá, sin duda, porque los hechos históricos revelan que nuestra civilización está en crisis, o lo que es lo mismo, en decadencia. La respuesta es verídica, pero soslaya la cuestión, ofreciendo el hecho bruto sin analizar sus causas. Aunque se diga y se acepte que hay crisis en el occidente —crisis de civilización— se aguardará siempre una ulterior instancia que exija respuesta más definida. Ortega y Gasset la explica con la substitución que el hombre-masa ha hecho de la fuerza como *última ratio*, por la violencia como *prima ratio*. Es decir, con anteponer aquello que la civilización considera como última instancia, hasta el punto de hacer de ella la única instancia. Voy a transcribir una página de “La Rebelión de las Masas”. “Bajo las especies de sindicalismo y fascismo aparece por primera vez en Europa un tipo de hombre que *no quiere dar razones ni quiere tener razón*, sino que sencillamente, se muestra resuelto a imponer sus opiniones. He aquí lo nuevo: el derecho a no tener razón, la razón de la sinrazón. Yo veo en ello la manifestación más palpable del nuevo modo de ser de las masas, por haberse resuelto a dirigir la sociedad sin capacidad para ello. En su conducta política se revela la estructu-

ra del alma nueva de la manera más cruda y contundente, pero la clave está en el hermetismo intelectual. El hombre medio se encuentra con "ideas" dentro de sí, pero carece de la función de idear... Quiere opinar, pero no quiere aceptar las condiciones y supuestos de todo opinar. De aquí que sus "ideas" no sean efectivamente sino apetitos con palabras, como las romanzas musicales" (ib. p. 72).

Se tienen opiniones, pero no se quiere opinar porque no se lo puede hacer. Este es el otro hecho bruto que nos entrega la biognosis del alma contemporánea del hombre-masa. Es decir, que las opiniones que tiene el hombre-masa operan en él a modo de función mecánica. La civilización exige entre los hombres, entre los diversos ciudadanos de una comunidad, el necesario coloquio que haga posible la convivencia. La razón estriba en el hecho de la diversidad de los grupos que componen la comunidad civil. El reconocimiento efectivo de este hecho es de singular importancia, porque de él ha de depender si en realidad una comunidad civil ha de decidirse por una democracia o por una dictadura. Digo democracia, cuando la autoridad civil que tiene entre sus manos los destinos civiles y políticos del grupo, no es otra cosa que la expresión jurídica de los diversos derechos —y de las obligaciones pos supuesto— de los grupos diferenciados de la comunidad civil. Por eso, toda democracia genuina debe ser necesariamente pluralista, porque numerosas son las tendencias que manifiesta la vitalidad de los grupos civiles. Es evidente, en estos supuestos, que el coloquio es la primera fundamentación necesaria de todo gobierno civil, entendiendo por estos términos a toda autoridad establecida sobre cualquier grupo que define una misma tendencia. Proceder de otra manera, haciendo que una parte del grupo imponga violentamente su opinión a los demás integrantes es cometer una injuria contra el derecho natural y una violencia contra el derecho positivo. Injuria y violencia que en definitiva vienen a significar idéntica cosa. Cuán irritante es el monólogo —en perjuicio del coloquio— harto lo conocemos nosotros los argentinos. En estos últimos diez años

se oía una sola voz, se veía un solo gesto, se exhibía una única figura, sustentado por un único sujeto: “yo” digo; “yo” impongo; yo “exijo” etc.; única voz destinada al mando, el único mandamás, único y exclusivo mandón. La voz de mando que se oye en las danzas de nuestro folklore. Y los demás... pues los demás, a ejecutar las figuras de la danza y la contradanza. Es atroz tener que evocar esta degradante experiencia argentina, y pido por ello perdón al lector. Pero era menester hacerlo, si queremos comprender lo funesto de la voz única.

Pues bien, o se vive en democracia y se impone la necesidad del coloquio. O se vive en su opuesto, la dictadura, y nadie podrá quejarse de tener encima al amo y su única voz. Esto es inevitable, y materia de irrecusables meditaciones. En el primer caso, la fuerza es la última de las razones; en el segundo, la única razón es la fuerza. Si la humanidad, o poniendo límites de espacio, los grupos civiles estuviesen compuestos de naturalezas angélicas, la coacción a que recurre la autoridad civil como a la extrema razón, no tendría motivos de posibilidad. Ni somos ángeles ni somos bestias; pero porque las pasiones y los apetitos pueden ejercer violencia —y lo hacen de hecho— la justicia exige su restablecimiento por la fuerza cuando fracasan los medios de persuasión. No es de extrañar que el hombre-masa a que se refiere Ortega y Gasset no conozca más razón que lo que le dicta la violencia. O si se prefiere, su única razón es la violencia.

En los grupos de civilización anteriores a la aparición del hombre-masa, la concepción civil de la ciudad se basaba sobre un reconocimiento de valores jerárquicos. Ortega y Gasset no se detiene en el análisis de esos valores, y con él vamos a darlos por establecidos y por existentes, no sin dejar de determinar, por lo menos, la existencia de una minoría y una mayoría. Una minoría sobre la que reposaba la dirección de la cultura y del gobierno, y una mayoría que debía ser enseñada y gobernada. Parecerá extraño que Ortega y Gasset no cale más hondo en la jerarquización del alma civil, pero no debe olvidarse, con todo, que no se propone en su obra moralizar,

ciñéndose exclusivamente a su papel de sociólogo. Sobre este supuesto, Ortega y Gasset va a exponer la conducta observable en la mayoría, que no es otra que el vulgo. Existiría la tentación de pensar que toda mayoría ha de estar constantemente bajo la guía y dirección de una minoría. Pero parece — y esto creo que es indiscutible — que la oposición que Ortega y Gasset establece entre mayoría y minoría es exclusivamente cuantitativa y no cualitativa. Debiéndose agregar, con todo, que siempre la calidad acompaña a la minoría y no a la mayoría. Este punto ha sido la piedra de escándalo de las representaciones democráticas. Cómo es posible que los grandes problemas de la ciudad civil deban ser resueltos por una simple votación, en la que no se tiene en cuenta nada más que el número. Hay aquí, y vamos a decirlo enseguida, un oculto sofisma. El proceso de votación al que se somete una resolución que ha de adoptar el grupo civil debe ser condicionado — de hecho — por la pública discusión del tema debatido. Y es en esta discusión pública donde interviene precisamente la minoría que Ortega y Gasset califica de selecta, que aclara el debate y reduce el problema a sus justas proporciones y manifiesta las soluciones que deben ser aceptadas. De este modo no es exacto afirmar que una democracia sea la resultante de una acumulación cuantitativa de votos que los ciudadanos han deslizado en la urna. Por el contrario, la minoría selecta ha hecho su obra, ha guiado con la razón aquello cuyo resultado se ha de traducir luego en cantidad de votos.

En la rebelión masiva ha pasado la máquina aplanadora del nivelamiento, y el vulgo, lejos de reivindicar para él la aristocracia que da la razón, ha rebajado la razón a su propia chatura “En la historia europea, escribe Ortega y Gasset, hasta la fecha, nunca el vulgo había creído tener “ideas” sobre las cosas. Tenía creencias, tradiciones, experiencias, proverbios, hábitos mentales (pero) nunca se le ocurrió oponer a las “ideas” del político otras suyas... La consecuencia automática de esto era que el vulgo no pensaba decidir en casi ninguna de las actividades públicas... Hoy, en cambio, el

hombre medio tiene las "ideas" más taxativas sobre cuanto acontece y debe acontecer en el universo. Por eso, ha perdido el uso de la audición. ¿Para qué oír, si ya tiene dentro cuanto hace falta? Ya no es sazón de escuchar, sino, al contrario, de juzgar, de sentenciar, de decidir. No hay cuestión de vida pública donde no intervenga, ciego y sordo como es; imponiendo sus opiniones (ib. p. 71).

El hombre-masa contemporáneo ha destruido este juego de minoría y mayoría —cuantitativa y cualitativa— en que se había cimentado la civilización antes de su aparición en el escenario de la vida pública. La política —esta delicada realidad social que asume la inquietud de la dirección civil— se ha tornado en un feudo del hombre-masa, en una cosa exclusivamente suya y de la cual él solo puede y debe entender. El lenguaje de Aristóteles o los comentarios que Santo Tomás de Aquino hace sobre los libros políticos del gran griego han perdido hoy toda la eficacia que otrora pudieron tener. Son ideas de museo, y sabe Dios la perversión que significa para nuestra política contemporánea el olvido de aquella tradición. Todo eso era harto complicado, y hoy tendemos hacia la simplificación máxima, y si es posible, hacia una fórmula escueta que traduzca en una simple ecuación la diversidad inagotable de la vida. Maritain diría que nuestra capacidad intelectual, a fuerza de parodiar la intuición angélica, ha secado las fuentes de su saber objetivo. Las comparaciones de una edad histórica con otra podrán multiplicarse según viniera en ganas, pero hay un hecho grande, fuerte como un impacto, brutal, que no es otra cosa que la asunción a la vida política del hombre-masa.

¿Habrà que precisar el pensamiento de Ortega y Gasset, para no hacerle decir cosas que ni siquiera ha pensado jamás? Nunca tuvo en mente la tentación de arrojar hacia abajo, en la escala civil, a los ciudadanos de una comunidad, en provecho de una selecta minoría cuyas virtudes quedarían vedadas a aquellos. Ortega y Gasset sintió la necesidad de vertebrar a las masas, pero al mismo tiempo rebelábase ante la inaudita

presión que desde abajo se hacía hacia arriba. Vertebrar al ciudadano no es más que hacerle gustar el sabor de las virtudes civiles; de otro modo, el ciudadano será no un hombre virtuoso, sino un hombre-masa, disociado de la cultura indispensable para entender de las cosas de la ciudad. "Los temas políticos y sociales, escribía, no se manejan con el instrumental de conceptos romos" (ib. p. 85) y menos aun con aquellos conceptos que pudieron ser de utilidad cien o doscientos años atrás. Hemos alcanzado una madurez técnica que ha centuplicado de rebote los problemas de la vida civil y de la cultura; y sería de una simplicidad aterradora si quisiéramos hacer "tabula rasa" de tantos años transcurridos, acumulando cada uno de ellos sobre sus anteriores, los problemas de su propia angustia.

II

CULTURA Y REVOLUCION

Los destinos de la cultura han sufrido el impacto de la técnica, se ha dicho. En política, cuando el hombre-masa asume la dirección de la cultura, se enfrenta con ese otro hecho que llamamos la revolución. Naturalmente, en su aspecto singular, cada movimiento revolucionario obedece a condiciones históricas que le son propias y que se diversifican de aquellos otros que originaron otras revoluciones. El común denominador de todos ellos, sin embargo, debe ser la necesidad política de salvar la justicia y la libertad comprometidas. Me refiero, por supuesto, a los movimientos que surgen en el seno de una comunidad civil, sin tomar en cuenta las personas o los grupos que asumen la responsabilidad de su conducción y de su éxito.

Es innegable el justo derecho que tienen los grupos sociales de expulsar del poder civil a las personas que lo detentan, cuando su ejercicio en manos de éstas puede llevar a la máxima inquietud por la suerte de su existencia como realidad

política. Hay pues, en toda revolución, una serie de factores morales que entran en juego, siendo los más esenciales la necesidad de salvar la justicia y los derechos imprescindibles de toda comunidad.

No todo es fácil en un movimiento revolucionario, aún sin querer referirme a la eficacia de los medios materiales empleados para hacerlo triunfar. Existe además el peligro —un peligro en acecho en toda revolución triunfante— de que las buenas y las nobles intenciones de sus ejecutantes pasen a ser la herencia inmediata de ciudadanos sin escrúpulos que se adueñan de los frutos de la revolución. Se produce entonces un hecho notable: las finalidades concretas de una revolución se van convirtiendo poco a poco en grandes abstracciones — las ideas se truecan en ideologías, como expresa Máximo Etchebarri— originándose los mitos y los fetiches con que se ha de impresionar a las masas. Según Ortega y Gasset, las revoluciones contemporáneas están expuestas al fracaso, porque de ellas se apoderan por lo general los demagogos, personificación concreta de la realidad del hombre-masa. Si hubo justicia en los orígenes de una revolución, al entrar en escena el demagogo queda entronizada la irresponsabilidad. Algo de todo esto hubo, por lo menos, en las grandes revueltas romanas, de Mario y de Sila, revueltas que hoy llamaríamos de las derechas y de las izquierdas sucesivamente. La sangre derramada copiosamente anegó los justos móviles que pudieron existir en sus orígenes.

“Los demagogos han sido los grandes estranguladores de las civilizaciones...” “En todos los siglos, los ejemplos más viles de la naturaleza humana se han encontrado entre los demagogos”, escribía Macauley (Historia de Jacquen II, 1, 643). “La demagogia esencial del demagogo está dentro de su mente y radica en su irresponsabilidad ante las ideas mismas que maneja y que él no ha creado sino recibido de los verdaderos creadores” (Ib. p. 20).

La aparición del demagogo en el escenario de la conducción civil de la ciudad va siempre acompañada por la presencia

del hombre-masa. Y cuando en estas condiciones el demagogo asume la dirección del destino del grupo civil, su gestión adquiere el nombre infamante de la dictadura. Así pues, es imposible la aparición del dictador, si al mismo tiempo no encuentra un clima apropiado y favorable que haga posible su surgimiento y su afianzamiento. Dictador y hombre-masa se solicitan mutuamente, como dos causas alternadas. No es posible establecer en el tiempo la prioridad de cualquiera de ellos. Pero existe en el grupo político, con anterioridad a la aparición del dictador, una serie de motivos imponderables que al tanteo anduviesen buscando producir su propio sonido; pero sin el surgimiento del dictador quedarían sin forma, algo así como un sordo rumor de tempestad. El dictador ha menester del clima propicio del hombre-masa, y por contraposición, el hombre-masa no sería tal sin la presencia del dictador. Ya decía Santo Tomás, en uno de sus famosos principios de metafísica, que las concausas se influyen mutuamente: “*causae ad invicem sunt causae*”.

Se comienza siendo un demagogo y se termina siendo un dictador. Su fortuna inicial consiste en una abierta habilidad de mezclarse con las masas y de decirse hombre de las masas. Así, el primer “slogan” que lanzará a rodar como programa de conducción consistirá en ir repitiendo hasta la saciedad que Dios lo ha puesto al frente del pueblo para cumplir la voluntad del pueblo. Por supuesto, no querrá jamás explicar qué es lo que deba entenderse por pueblo; pero la sensibilidad del hombre-masa captará bien a las claras que con ese vocablo se dirige a ellos exclusivamente. Y como primera consecuencia, el demagogo haciendo consistir su juego en el mero número cuantitativo, comienza por despreciar la calidad. Y la comunidad civil siente los primeros sacudimientos de la escisión, originados ya los grupos antagónicos. En este preciso instante surge el dictador. La conducción política pasa a ser la heredad de un solo hombre y de un solo grupo, el grupo de los elegidos; se inicia la persecución política contra el grupo de los réprobos,

aquellos que no han podido ser absorbidos por la conciencia del hombre-masa.

Por lo demás, la biografía del dictador es harto conocida por nosotros, ya que la hemos vivido en toda su tremenda intensidad. Solamente quiero retener algunos aspectos que sugiere el pensamiento de Ortega y Gasset. Por supuesto, no es de la dictadura en sí de la que nos estamos ocupando, sino de sus repercusiones en la cultura y en la vida política de la ciudad. Es como decir, del producto necesario al que tiende una situación histórica cuyo actor principal, por no decir exclusivo, es el hombre-masa. El primero de esos aspectos tiene relación con la vida del espíritu, es decir, con la aristocracia intelectual de la comunidad. Su "slogan" será: "menos libros y más alpargatas" que con tanto repugnante machacar han sido atronados nuestros oídos. Todo esto, so pretexto de una política realista y bajo el disfraz de la supresión de irritantes privilegios dentro de la comunidad. La finalidad, como se sabe, es muy otra. Ya lo hemos dicho más arriba: aplanarlo todo al ras de la chabacanería del hombre-masa. Sin política, y con politiquería integral. Ortega y Gasset expresaba: "El politicismo integral, la absorción de todas las cosas y de todo el hombre por la política, es una y misma cosa con el fenómeno de rebelión de las masas. La masa en rebeldía ha perdido toda capacidad de religión y conocimiento. No puede tener dentro más que política, una política exorbitada, frenética, fuera de sí, puesto que pretende suplantar al conocimiento, a la religión, a la *sagesse* —en fin, a las únicas cosas que por su substancia son aptas para ocupar el centro de la mente humana. La política vacía al hombre de soledad e intimidad, y por eso la predicación del politicismo integral es una de las técnicas que se usan para socializarlo". (ib., p. 17).

En todo grupo de cultura existe una inclinación natural por tornar los ojos hacia atrás, hacia las edades que la han precedido, en busca de orientación y de continuidad. La cultura no ha de proceder hacia adelante por saltos, sino más bien por un trabajo de recordación y de innovación, por la

incorporación al estado presente de toda la experiencia vivida por los mayores. Porque el trabajo de cultura no es más que una obra de ahondamiento espiritual, y nada tiene que ver con los progresos de una técnica. Una técnica puede dar un brillo material al trabajo de cultura, pero sería una espantosa aberración si so pretexto de cultura, toda la atención humana estuviere absorbida por una transformación de la materia. La unidad de cultura, lejos de ser material, aunque pueda ser sustentada por los medios naturales de la raza o del suelo, afina su fortuna en la conciencia moral del grupo. A este propósito recuérdese aquel famoso dicho del papa San Víctor relacionado con la disputa de la fecha pascual: "nihil innovetur, nisi quod traditum est". Por eso, la fecundidad de la cultura no podrá hacer jamás abstracción de la tradición, so pena de su propio aniquilamiento.

Si las revoluciones de carácter eminentemente político pueden no comprometer a veces los destinos de la cultura, porque sus preocupaciones suelen ser nada más que una obra transitoria de recuperación de los derechos políticos olvidados o atropellados por el régimen político que las ha precedido, en cambio son funestas aquellas otras que se refieren a la transformación de la cultura. Ortega y Gasset tiene palabras severas para aquellos "tres siglos de experiencia racional (que) nos obligan a recapacitar sobre el esplendor y los límites de aquella prodigiosa *raison* cartesiana que es sólo matemática, física y biológica. Sus fabulosos triunfos sobre la naturaleza, superiores a cuanto pudiera soñarse, subrayan tanto más su fracaso ante los asuntos propiamente humanos" (ib., p. 22). ¡Con cuánto sarcasmo recuerda aquel lugar de Endegeest que en Holanda habitara en 1642 el nuevo descubridor de la *raison*, convertido hoy en un manicomio y por donde dos veces al día, en amonestadora proximidad, se ven pasar los idiotas y los dementes que olean un rato a la intemperie su malograda hombría! (ib., p. 22).

Si las renovaciones culturales se truecan en revoluciones y si la revolución llega a presagiar una ruptura con el trabajo

cultural de las edades anteriores, el riesgo de una conmoción que haga temer por su supervivencia es harto evidente para ser ignorado. Concebimos como de buena ley un progreso cultural en el tiempo, en el que cada edad incorpore a sus preocupaciones las adquisiciones perennes que han sido patrimonio de las anteriores. Ni enquistamiento de la cultura, ni revolución que significa ruptura y menosprecio por todo lo habido, sino un progreso rectilíneo que consista en su acrecentamiento y en su adaptación a los momentos propios de cada edad. Si los principios culturales han demostrado una vital eficacia en lo pasado, sería harto temerario rechazarlos y dejarlos de lado como perimidos, por la única razón de su vetustez.

Pero el peligro mayor reside en aquellos que reniegan de la tradición de la cultura, y que teniendo vocación de derecho son de hecho sus traidores. Recuérdese lo que Julien Benda ya varios años atrás, refería como la suprema conjura contra la vida del espíritu, y como la más aborrecible traición de los intelectuales. Bien que haya filósofos, y “para que la filosofía impere, decía Ortega, basta con que la haya; es decir, con que los filósofos sean filósofos. Desde hace casi una centuria, agregaba, los filósofos son todo menos eso —son políticos, son pedagogos, son literatos o son hombres de ciencia”.— (ib. nota p. 102). Si este juicio apareciera apasionado, no sería de ninguna manera temerario pensar que la carencia de una buena filosofía hará que se sea un pésimo político, un deteriorado pedagogo, un locuaz literato o un ridículo hombre de ciencia.

Cuán terribles resultan estas frases de Heidegger, que extraigo de su “Introducción a la Metafísica” (p. 73): “Europa yace hoy bajo la furia desesperada por el desencadenamiento de la técnica y la organización abstracta del hombre normal. Cuando el más apartado rincón del globo haya sido técnicamente conquistado y económicamente explotado; cuando un suceso cualquiera sea rápidamente accesible en un lugar cualquiera y en un tiempo cualquiera; cuando se puedan “experimentar” simultáneamente, el atentado a un rey, en Fran-

cia, y un concierto sinfónico en Tokio; cuando el tiempo sólo sea rapidez, instantaneidad y simultaneidad, mientras que lo temporal, entendido como historia, haya desaparecido de la existencia de todos los pueblos; cuando el boxeador rija como el gran hombre de una nación; cuando en número de millones triunfen las masas reunidas en asambleas populares — entonces, justamente entonces, volverán a travesar todo este aquelarre, como fantasmas, las preguntas ¿para qué? —¿hacia dónde?— ¿y después qué?— La decadencia espiritual de la tierra ha ido tan lejos que los pueblos están amenazados por perder la última fuerza del espíritu, la que todavía permitiría ver y apreciar la decadencia como tal... El oscurecimiento del mundo, la huida de los dioses, la destrucción de la tierra, la masificación del hombre, la sospecha insidiosa contra todo lo creador y libre, ha alcanzado en todo el planeta tales dimensiones que categorías tan pueriles como las del pesimismo y del optimismo, se convirtieron, desde hace tiempo, en risibles''.

III

EL ESTADO FRENTE A LA CULTURA

El peor de los males que le puede acaecer a la cultura es el patronazgo que sobre ella ejercerá una dictadura. Cualquiera sea esta dictadura. Será la de las masas, que le exigirán rendir nada más que una capacidad tecnicista que se traduzca en una cantidad creciente de objetos materiales en que abdicar el esfuerzo de la vida. Y si esa masa confiere la tónica a una conducción política, y si el Estado llega a configurar la réplica de la tiranía del hombre-masa, la cultura tiene todo que perder y nada que ganar en esa tutela que le es impuesta. No hay peor peligro para la cultura que la imposición que le llega del Estado hecho educador. La tiranía de un solo hombre puede anularse con su derrocamiento; pero cuando se extiende hasta los límites de una conciencia de masa —conciencia

cia en definitiva abstracta como lo es el Estado— el cuerpo social perderá irremediamente no sólo el derecho a la cultura, sino también el gusto mismo por la cultura. El fenómeno que se origina en tales condiciones será la proliferación de una literatura barata, ramplona, hueca y sucia, con la sola finalidad de ir descabezando el tedio infinito del alma de las masas.

El Estado moderno surge así a la medida exacta del hombre-masa. Su poder es ilimitado, aún dentro de los regímenes llamados democráticos. Esto podrá aparecer a primera vista como una paradoja, pero dejará de ser tal si se observa detenidamente que el Estado moderno ha surgido sobre el fondo del hombre-masa que ha perdido la noción y la medida de su existencia como cuerpo de cultura. El hombre-masa se ha sentido débil y vacío de la vocación que le es inherente como base del destino del cuerpo social, y en tales condiciones ha conferido inconscientemente al Estado todas aquellas facultades y derechos que le pertenecen por naturaleza. Por eso, el Estado será un cuerpo político inflado; será un Estado Educador; será un Estado comerciante, policial y todo lo demás que se le ocurra ser. “El hombre-masa ve en el Estado un poder anónimo y como él se siente asimismo anónimo —vulgo— cree que el Estado es cosa suya. Imagínese que sobreviene en la vida pública de un país cualquier dificultad, conflicto o problema: el hombre-masa tenderá a exigir que inmediatamente lo asuma el Estado, que se encargue directamente de resolverlo con sus gigantescos e incontrolables medios” (ib., p. 105).

Como terrible contraste, el Estado que había sido creado como medio de tutela del cuerpo social y como una fuerza de mayor expansión cultural, es hoy el mayor peligro que amenaza a la civilización. El Estado tiende a hacerlo todo y a considerarse como la única realidad social. Esto no es una exageración, si se toma en consideración que los Estados modernos surgen sobre el fondo ideológico que le viene del “Conflicto social” de Rousseau y del Leviathan de Hobbes. A veces se prueba la desazonada inquietud de inquirir si en última ins-

tancia la diferencia entre un estado totalitario y otro democrático no es más que mínima. Por supuesto, es una simple sospecha que puede no ser real; pero no deja de ser inquietante que en cualquier orden político el Estado mantiene siempre alerta la tentación de hacerlo todo por su propia cuenta. Esta tentación es el resultado de la existencia de una sociedad civil que tiene más de hombre-masa que de ciudadano, y no es de extrañar que el Estado sea cada vez más intervencionista, más absorbente de toda espontaneidad social, porque la vida política, en suma, se ha estatificado (cf. ib. p. 106).

La abdicación en manos del Estado, de nuestra responsabilidad colectiva, es la consecuencia inmediata de una situación de inquietud que se ha hecho excesivamente aguda. El hombre-masa no conoce el sentido de eternidad, y no lo puede conocer porque su figura es la de una realidad esencialmente histórica. Julián Marías escribía lo siguiente en su "Biografía de la filosofía" y que transcribo de "Esquema de la Argentina" de Máximo Etchebarry: "La actitud de espíritu en que nosotros vivimos excluye todo lo definitivo; no creemos zanjarse para siempre ninguna cuestión, sino dar sobre ella la palabra que nos corresponde en nuestro tiempo y que está destinada a ser superada o corregida por el tiempo futuro". Disponemos de una aguda *conciencia histórica*, es decir, "vivimos... en un mundo constituido directamente por la temporalidad. Ante una cosa cualquiera, necesitamos su fecha, su inserción en la historia, y sin ella no la entendemos". La presente situación es tal que, por un lado, no podemos emprender nada, no podemos proponernos siquiera un programa de acción, sin que al mismo tiempo emerja clara, evidente, descorazonante, la visión de la crisis omnímoda; por otra parte, que el hombre occidental, que tiene hoy una aguda conciencia histórica, no pone su entusiasmo y su fe en soluciones y respuestas absolutas, válidas para todo tiempo y lugar. "Ahora se siente, dice el mismo Marías, la caducidad peculiar de lo histórico, pero al mismo tiempo, la inclusión en esa historia del momento en que se vive". Como corrolato de todo ello, se

advierte en estos últimos años en orden a la conducta y a los íntimos resortes morales un general desligarse, un sentirnos las gentes actuales, libres de ataduras en materia de responsabilidad individual”. (p. 36). Alguien debía hacerse cargo, después de todo, de esta responsabilidad individual y universal, de esta despreocupación infinita del hombre-masa carente de ideas y de valorización vital. Esta responsabilidad de que se despojaba, la transfería al Estado, a quien se le otorgaba una ciencia y una eficacia infinitas. En este clima, las dictaduras encontraron su muy propicio cultivo. Las realidades políticas se burlan de las antítesis conceptuales con que designamos distintos regímenes sociales. . . No es ya suficiente oponer dictadura a democracia, y nos enfrentaremos con un trágico juego de palabras, si la realidad social ha de verse entregada en última instancia a las decisiones y a la voracidad del Estado. Estatificar no es más que consagrar a la muerte la viviente realidad social. Así pudo llegarse a esta fórmula maciza: “Todo por el Estado; nada fuera del Estado; nada contra el Estado”. Damos por supuesta la brutalidad de este enunciado y la repugnancia que despierta en la conciencia humana, pero es quizá azaroso afirmar que su práctica no se encuentre hoy universalmente extendida. No basta la actitud de la avestruz para hacer desaparecer esta realidad política que acabamos de denunciar. Hacerlo, con todo, sería una pasión suicida, y entregarnos al juego del hombre-masa hasta que nos dé el jaque mate definitivo. Pero en llegando a este extremo, no tendremos con quien enfrentarnos, pues habremos de desaparecer junto con nuestra civilización.

Hemos de contar siempre con el Estado, pues es hoy una realidad de la que no podemos hacer abstracción. Los frutos de esa mentalidad de siglo anterior y que sigue llamándose aún romanticismo, perduran todavía y sabe Dios cuanto tiempo más. Nuestros estados modernos han sido en lo político la consecuencia inevitable de la emancipación social predicada en lo individual por el romanticismo. Es muy posible que sin él, quizá la mentalidad política de occidente fuese hoy distinta de

lo que es, y resonarían aún muchas notas del viejo imperio sacro-romano. No solamente perdió Occidente la unidad de la fe que hacía también su unidad política, sino además y como consecuencia, la unidad de cultura.

De todos modos, tiene hoy el Estado una serie de costumbres que de perpetuarse pueden acarreararnos males profundos. La serie de problemas que plantea son demasiados complejos para poder ser solucionados buenamente con una simple ecuación. El primero de ellos es sin duda el que se refiere a la categoría del mando. Porque el Estado parece agotar hoy su eficacia en la ordenación del mando. Los decretos y las leyes con que se hace presente son hoy la esencial preocupación de una función gubernativa. Pero esto tiene su explicación: el Estado parece encontrarse hoy más que nunca huérfano de una opinión ciudadana, y por el contrario, enfrentado con la fuerza inerte que es el hombre-masa. Los mismos partidos políticos que a primera vista debieran dialogar con el Estado para hacerle conocer sus opiniones, se encuentran casi siempre en manos de un conglomerado partidario que ni sabe lo que quiere ni menos aún poseen opiniones propias. Los dirigentes partidista tienen ya una tarea enorme cuando se proponen dar a las masas una uniformidad de opinión política.

Esto quiere decir que la función del mando que es inherente al Estado, debe ejercitarse hoy sobre un cuerpo social representado por el hombre-masa, carente de opiniones políticas. No teniendo con quien dialogar, corre el Estado por la pendiente que encuentra, de gobernar a las masas aun a pesar de ellas mismas. Llamáramos a esto "la crisis de mando", no por carencia de ejercicio, sino por no hallar sobre quienes ejercitarse con la necesaria eficacia de libertad. Es de advertir, igualmente, como ya se ha dicho más arriba, que una democracia se trueca en dictadura cuando la opinión ciudadana desaparece detrás de la fuerza negativa de las masas.

La alternativa no es pues de fácil salida: o se vive en democracia o se gime en dictadura. No hay otra coyuntura fuera de la expresada. Pero esta alternativa, en la práctica, puede

degenerar en una dictadura disfrazada de democracia, por no existir un cuerpo social que tenga la definida conciencia de su vocación y de su misión. Esto queda explicado si se tiene en cuenta que el cuerpo social será tanto más amorfo cuanto más carece de voluntad y de razón. Voluntad de querer aquello que su propia razón histórica le dicta como su esencia política en el tiempo. “En suma, mandar es sentarse, decía Ortega. Trono, silla curul, banco azul, poltrona ministerial, sede”. (ib., p. 113). Mandar es sobre todo dictar una sentencia para resolver una situación política. Pero también hacerlo con el aditamento de una fuerza de convicción que haga posible el cumplimiento de la sentencia. Cuando falta la fuerza de convicción, la fuerza de coacción suplirá a aquella. Se diría que el fervor democrático de un pueblo se mide por su carencia de fuerza policíaca, y donde ésta es menester hasta el punto de significar la presencia coercitiva del mando, se ha de pensar que se vive en un grupo social compuesto de hombres-masa.

La libertad no ha menester de la fuerza; pero no es tal si no se tiene —lo repetimos nuevamente— la exacta medida de una responsabilidad civil. En otros términos, la libertad está por encima de las condiciones económicas y se diferencia de éstas.

Se ha querido, en la exposición de los diversos temas de que se ha hecho mención, organizar un poco lo que se hallaba un tanto disperso en Ortega y Gasset. Para ello, he tenido que disponer de una matriz donde refundir lo que Ortega pensaba de la organización política. Esta matriz, que le pertenece, no es otra cosa que su afortunado hallazgo de la concepción del hombre-masa. En sus ensayos políticos hubo de hacer referencia constante al hombre-masa, pues sin éste es imposible comprender hoy la particular estructura del poder civil, tal como lo vemos en los Estados contemporáneos.

Queda dicho, con esto, que la concepción que Ortega se hace del Estado contemporáneo es la de un cuerpo político del

que ha huído la razón, o la fuerza racional de la convicción. El juicio será todo lo brutal que se quiera, pero no han de perderse de vista las condiciones históricas en que se desarrolla el poder civil del Estado. En una vasta proporción, los gobernados carecen hoy de la necesaria conciencia de un destino civil que es tan importante para saber lo que se es y lo que se quiere. El pueblo se llama hoy el hombre-masa carente de ideas. Podrá parecer, asimismo, esta visión del grupo civil, demasiado esquemática y simplificada, pero no se nos podrá ocultar el hecho de que hay muchas dictaduras en el mundo y muchas pseudo-democracias. La desorientación política —o la carencia de sentido político— viene a agravarse por un descenso notable en el campo de la cultura. Es hoy muy difícil entenderse sobre los puntos más importantes que atañen muy de cerca al destino del hombre como persona; al oficio de la cultura y a la existencia de una jerarquía de valores políticos. Muchos de los temas orteguianos, lejos de perder su actualidad, se encuentran hoy casi exacerbados.

Si se le quiere conceder a Ortega una metafísica, se dirá que ella se condensa en su tan manido principio: “yo soy yo y mi circunstancia”. Pues bien, haciendo la necesaria transposición, hemos de decir que el Estado es hoy la superestructura del grupo político degenerado en hombre-masa. Es decir, que el Estado ha tomado por su cuenta una política que la circunstancia del hombre-masa no le ofrece. Por eso, carece de la necesaria fuerza de convicción, indispensable para su firmeza y su eficacia. Así se explican la inestabilidad de los gobiernos y las sorpresas de las dictaduras.

SALVADOR CANTARO

